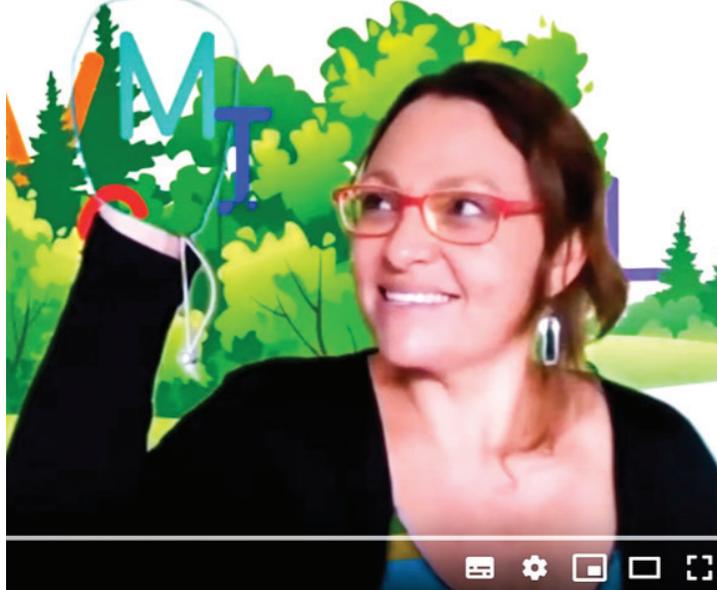


8 o 10 horas de pantalla

Por Nara Rosanna Peñaherrera
(nrph.nara@gmail.com)



En el fondo me recorría un sentimiento de éxito único, ese que siento cuando logro algo que me ha costado muelas. Esos son los logros que saboreo con el único entendimiento de mi propio proceso. Camino tranquila, con la mitad de mi segundo pan de masa madre, con la idea de regalárselo a mi vecina, a la que sé que le gustará.

El sentimiento de éxito es algo que quiero compartir con ella porque, aparte de entender mi pasión por la educación, por lo sensibles que somos y lo que disfrutamos con esta profesión, se trata de una persona con la que he podido conversar sobre algunas de las cosas que he aprendido en mis años como profe.

Sigo caminando, paso al lado de mi pequeño huerto, ya tiene una planta de zucchini que ha pegado bien. ¿Cómo sé esto? Pues porque he visto algunas desvanecerse en estos tiempos de cuarentena. Todos estamos muy creativos haciendo huertos, cocinando, aprendiendo nuevos programas, dando la vuelta a nuestros espacios y haciendo de ellos nuestros nuevos laboratorios de vida. Nuestras casas son ahora nuestros lugares más preciados, odiados y cuidados. Son nuestras membranas, así como lo son las de cada célula que tenemos, con sus paredes, sus límites y sus contene-

dores de los mundos que hemos debido crear en este tiempo.

Continúo con la caminata. Veo que la cebolla sigue saliendo, esa que corté y puse en el vasito. Ya empezó a salir despacio en la ventana de la cocina. Sí, ya está más grande. Camino y llamo a mi vecina. Me contesta, como siempre, alegre. Esta vez no está en alguna clase virtual o inmersa en uno de sus proyectos de maestría. Le regalo un pedazo de mi preciado hijo pan, el segundo de mi primera masa madre, y le cuento sobre el proceso, de lo increíble que ha sido aprender mirando decenas de tutoriales en YouTube, y de que por fin pude llegar a este pedazo preciado de pan, el cual le regalo con cariño.

Aprovecho y le enseño otro de mis hijos que se me ocurrió hacer después de haber recibido un curso virtual por Zoom sobre un nuevo programa de edición de videos, el Wevideo. Le recuerdo que estudié una carrera relacionada con la tecnología hace más de 15

años, y que esa nota cambia mucho. Le conté que yo me peleé con las ocho horas diarias frente a una pantalla, diseñando y armando páginas web. Que me cansé de las pantallas y que tuve sobredosis, hasta el punto de dejar la calle República del Salvador, esa zona llena de restaurantes chic, oficinas en edificios nuevos y modernos, hoy en día llena de chocolaterías de esas carísimas y de full ejecutivos elegantes en las veredas, donde tenía un súper trabajo y una vida, como quién diría “normal”, y que la cambié por una vida que me liberó de lo virtual.

Que me fui a un pueblo lleno de ríos, cascadas, árboles y todo eso que no tiene nada que ver con las compus. Que me mantenía con las chauchas de lo tecnológico, bien alejada de las ocho o diez horas diarias... Y hasta aquí la pausa explicativa de mi sobredosis virtual.

Recordé que en ese tiempo fuera de la ciudad, en ese pueblo lleno de cascadas y de ríos, descubrí cuánto me gustaría acompañar a niños dentro de un espacio educativo. Tengo recelo de decir “profe”, porque un ser al que aprecio mucho me jaló alguna vez las orejas, diciendo que los que nos llamamos profes debemos respetar muchísimo a nuestros alumnos; que nuestra labor es la de acompañar, no la de enseñar.

Mis primeras clases eran una improvisación completa; no tenía idea de lo que estaba haciendo, intentaba enganchar a los niños con canciones y cosas que no me salían muy bien. Eran niños del campo, libres como el agua.

Así es que empecé a acompañar a niños. Comencé en una escuelita en La Concordia. Como tengo la suerte de saber inglés y español como primeras lenguas, no tuve problema en arrancar mi nueva aventura de aprendizaje. Mis primeras clases eran una improvisación completa; no tenía idea de lo que estaba haciendo, intentaba enganchar a los niños con canciones y cosas que no me salían muy bien. Eran niños del campo, libres como el agua. Algunos me seguían, otros, no... Poco a poco aprendí a planificar más, a tener actividades ya diseñadas, a observar lo que pasaba.

Me maravillé con el poder de la observación, con la capacidad de cada niño de experimentar, así como yo en el proceso de hacer pan de masa madre, y de encontrar soluciones a cada reto que se les presentaba en la escuela, en el arenero, en la búsqueda de la pieza adecuada que calzara en el lugar donde debía calzar. No hay duda de que somos seres en estado constante de curiosidad, de descubrimiento y de aprendizaje.

En otra escuela fiscal, en un pueblito del noroccidente de Pichincha donde tuve también la oportunidad de acompañar a un grupo de niños de preescolar, me di cuenta de que nada jamás iría a igualar esa cercanía con los niños, con el entorno, con el clima, con las realidades, tan distintas en cada individuo. Desde que vi cómo llegaba uno de los niños a caballo, con su cara sin lavar, triste, con sus pies sucios, y mientras yo observaba esa tristeza desva-

Me di cuenta de que nada jamás iría a igualar esa cercanía con los niños, con el entorno, con el clima, con las realidades, tan distintas en cada individuo.

necerse poco a poco en este espacio creado para ellos, en ese momento, algo muy dentro de mí se transformó y ya no pude volver a las ocho horas de pantalla.

Hay algo como magia en el poder de la observación sincera, esa científica que nos permite realmente darnos cuenta de los detalles, de los procesos, de los esfuerzos y perezas. Hay magia en el trabajo de acompañar. Yo aprendo cada día cuando estoy en el aula. He tenido la suerte de trabajar en diferentes realidades sociales y geográficas, y en cada espacio he aprendido muchísimo de los niños a los que he intentado acompañar.

Hoy, en pleno confinamiento, no me puedo escapar de esas ocho horas de pantalla. Hay días en que son diez o doce, y esas diez o doce no son en clases virtuales; son observando, revisando, analizando, retroalimentando, creando, editando y aprendiendo. Esta última es la que ha hecho que las horas de pantalla valgan la pena, ya que de alguna manera sigo acompañando desde lo que soy, desde como soy y desde lo que puedo hacer.

Entonces, además de regalarle uno de mis preciados panes a mi vecina, se me ocurre mostrarle mi

primer video sobre cómo destapar letras con un efecto aprendido en estos cursos virtuales. Me costó horas diseñarlo, de darme cuenta de que el fondo verde tiene que estar iluminado, de tal manera que si me muevo muy hacia delante, entonces aparezco como un cuco que podría atormentar a mis alumnos de cuatro y cinco años. Así es que hago decenas de tomas, poniendo fondos, creados con uno de esos programas aprendidos en mis años de la U, el Photoshop, y grabo en Zoom con el fondo este que mencioné. Luego intento hacer que desaparezca un elemento X, y se supone que cualquier color puede ser eliminado, pero si es rosado, ¡¡¡toda mi cara se elimina!!! Entonces hago otras pruebas más.

Desde cuando tuve ese sueño sobre cómo hacer esta lección de letras que se escondían y destapaban para mis pequeños alumnos virtuales, hasta ese feliz día en que mi bebé video por fin salió bien, no he dejado de pensar en lo mágico que es crear cosas para los demás. Comparto mi video con mi vecina, sintiéndome orgullosa de él y de mi pan, y me pide que escriba algo sobre mi experiencia en estos tiempos, de estas semanas de estar en mi propia membrana, de aprender y experimentar. De lo que pueden transformar ocho o diez o más horas diarias de pantalla.

Acceso a video:

<https://www.youtube.com/watch?v=BWhlzH38F1U&feature=youtu.be>

